



Comentando

Obras son amores, y no buenas razones

Ha muerto el Padre Santiago Machado.

Era un atleta de Cristo.

Alma de recio temple, a quien atraía el estruendo de la lucha y molestaba la tranquilidad del sosiego, aunque fuera impuesto por los imperativos de la ancianidad.

Contaba 88 años y no se resignaba a abandonar la trinchera.

Hacé muy pocos meses lo saludamos en las calles de Caracas. Acababa de salvarse de un enfermedad que lo colocara al borde del sepulcro. Y su bastón de viejo amable picaba agudamente las aceras de la ciudad, mientras las viejas devotas se detenían para pedirle la bendición, y sus incontables hijos espirituales —media Caracas— lo contemplaban, entre embelesados y jubilosos, vencer gallardamente la cuesta de la Catedral.

Aún conservaba aquel su ingenio alegre y decididor, que salpicaba sus diálogos de ática gracia; aquella su sonrisa jovial y franca, por donde asomaba su alma sincera y hermosa; aquella plabra tajante y enérgica, que tenía siempre la decisión del jefe; aquella su alma de acero que no entendía de claudicaciones.

Ha muerto el Padre Machado.

Caracas se ha vestido de luto.

Muchos rostros señoriales se bañaron de llanto. Pero han llorado sobre todo los pobres, los humildes, los menesterosos, los huérfanos, las viudas, los trabajadores, "el pueblo" de Caracas, que lo consideraba con mucha razón "totalmente suyo".

El Padre Machado era su padre.

Obras son amores y no buenas razones.

No era un líder barato, ni un halagador de las masas.

No se había montado en la estatua del Libertador de la Plaza Bolívar para arengar a las muchedumbres y lanzarlas al saqueo.

Nunca hizo del pueblo escalón de medros personales.

No conocía el diccionario ampuloso y enfático de los que hablan todos los días —la vista en el cambur ministerial y no en el pueblo— de lo que debe hacer el Gobierno, de lo que debe determinar el Con-

cejo, de lo que debe prohibir el jefe civil.

Lo irritaba intimamente el angustioso y manido "Urge... urge que..." de los raformadores de salón, en los a la angustia de la expresión literaria corresponde una esterilidad ejemplar de actividad y sacrificio personales. El P. Machado les respondía con expresividad contundente: "Cállate, charlatán. En Venezuela lo que urge es hablar menos y hacer más".

Y sin embargo el pueblo caraqueño lo idolatraba; y su muerte y su entierro alcanzaron proporciones de apoteosis. Desde el Presidente de la República hasta el más pobre e indigente, se han sumado a la espontánea manifestación que salió de la Casa Madre de las Hermanitas de los Pobres a las cuatro de la tarde para trasladarlo a la Catedral, recibir un responso solemne y tornar a las ocho y media de la noche a la Iglesia de la Casa Madre. Sobre los recios hombros de la gente del pueblo ha avanzado lentamente por las calles, el que hace muchos años vivía por el afecto en el corazón de todos. El gentío fué inmenso. La ceremonia, en su magestuosa sencillez, impresionante.

Obras son amores y no buenas razones .

El pueblo con sagaz instinto consagra con homenajes póstumos —cuando la lisonja y la adulación son imposibles— los legítimos valores y los héroes ocultos. Son recientes los entierros apoteósicos del médico católico, Dr. Hernández; del caballero cristiano, Dr. Caracciolo Parra León; y de los Padres Hita y Machado.

El Padre Machado se había entregado en cuerpo y alma a su pueblo. Y su sola memoria basta para convencer de ingenua y ridícula la pretensión de ciertos modernísimos prestigios, para quienes hasta hace cuatro años ni la Iglesia ni el Estado había hecho nada por la asistencia social y el bienestar del pueblo. Hace muchos años que el P. Machado había fundado el Asilo de San José del Avila para la infancia desamparada; había creado el Asilo de la Providencia y soñaba en sus últimos días con la institución de un Asilo de ancianas. Su obra maestra, su obra predilecta han sido las Hermanitas de los Pobres. Diseminadas por toda la República y con carácter internacional, predicar por Chile, y por Caracas, Maiquetía, Puerto Cabello, Valencia, Barquisimeto, Carora, El Tocuyo, Táriba, San Cristóbal y Maracaibo, el espíritu gigan-

COMENTANDO

tesco de quien quería abarcar las fronteras inmensas de la Patria, para ir derramando en ella la generosidad de su corazón y la bondad de su alma.

Y en contraste aleccionador con el trasnochado laicismo de muchas instituciones oficiales de nuestros días, el P. Machado dió un alma a sus empresas; la piedad sincera y popular, al que dió cauce en fecundas instituciones de Maiquetía, San José del Avila y el Prado de María, que le debe su nombre.

El cuerpo del apóstol popular lo discuten la Congregación de las Hermanitas de los pobres y la Parroquia de Maiquetía. Habíase decidido y aún realizado la colocación de su cuerpo en el altar mayor de la Capilla de las Hermanitas, cuando han comenzado a correr rumores insistentes de que una disposición testamentaria viene a dar la razón a los parroquianos de Maiquetía.

Donde quiera que sus huesos reposen, no faltarán sobre su tumba la plegaria de sus Hijas, las lágrimas resignadas de los infortunados, y la flor de agradecimiento del pueblo bueno, piadoso y leal de Venezuela.

Esperanza y decepción de Rusia

Así se titula un breve artículo, publicado el pasado Diciembre por Luis Alberto Sánchez en La Nueva Democracia.

Si la mentalidad del escritor peruano no fuera tan conocida, bastarían los siguientes párrafos para reconocerla.

"Los que aparecimos ante el mundo, o, mejor, (ya que el mundo empieza a nacer el día que lo captamos) los que vinimos a la historia cotidiana con este siglo, acariciamos, casi todos, tras las utopías del amor eterno y del goce irremplazable y la melancolía inaudita, acariciamos el nuevo amor de un espejismo colectivo; creíamos en que podrían morir todos los hombres, acabarse todas las expectativas, pero que siempre de ello quedaría algo impoluto, algo inmarcesible; algo que en vano se esforzarían en denigrar los incomprensivos, los estóridos, los avarientos, los timoratos; algo que adhiriendo a ello o no, tenía un valor sustantivo y perdurable, y, todavía más, una lección permanente sobre la que no cabían desdenes ni olvidos; que sería a la manera de la Bastilla para nuestros abuelos y aun para nosotros; que fuera co-

mo la Carta Magna para nuestros choznos más antañones; como las carabelas del genovés para nuestro medioevo americano. Creíamos que nadie podría empañar jamás, aunque se pensara de distinto modo, el trémulo nombre de Rusia.

"Lo sentíamos rebotar entre las paredes de nuestras posibilidades, aun cuando supiéramos que sus realizaciones y sistemas no podrían ser transpuestos a nuestro mundo. Lo sentíamos resonar en nuestra conciencia porque emanaba de él un frescor de aurora, un amanecer de historia, en que brazos inhábiles, sin plan acaso, por fuerza del dolor y del impetu, llevaban a cabo obras que requieren larga mirada y lomo fuerte, fe inquebrantable y decisión suicida. Un pueblo había roto sus cadenas y, como todo iluminado, como todo poseso, trataba de comunicar su júbilo a los tristes del mundo, mostrando su puño sangrante, su tobillo tumefacto, como emblemas de esperanza..."

Bellos párrafos éstos de Luis Alberto Sánchez; poesía, ensueño, espejismo. Es difícil expresar más bellamente la fascinación que en ciertos espíritus soñadores causó hace veinte años la Rusia soviética.

Pero he aquí que las novísimas actitudes de Rusia han decepcionado amargamente a Luis Alberto Sánchez. Oigámoste en sus últimos párrafos:

"¿Rusia? preguntamos. ¿Rusia que ayer proclamó la inconciliabilidad de los dos principios (fascismo y democracia) con que le plugo escindir el universo? ¿Rusia? Pero si hasta hace poco reducía ella misma la humanidad a dos grupos pugnaces, sin posibilidad de neutrales, que no fueran traidores o trotskistas, ni éstos asimilados a enemigos. ¿Rusia? ¿Y Prestes? ¿Y España? ¿Y Chécoslovaquia? ¿Y la democracia? ¿Y el antifascismo? ¿Y la "bestia negra"? Y no he querido contestar. Ni he querido recriminar aquel sendero de hace veinte años, ni revivir la ilusión de una juventud prematuramente ardida de esperanzas multitudinarias, whitmaniana y cóncava..."

Al parecer, "los incomprensivos, los estóridos, los avarientos, los timoratos" tenían razón en considerar utopía, comedia sangrienta, añagaza de incualos y soñadores el paraíso soviético sin Dios, sin amor, sin familia y sin patria.

La desilusión de Luis Alberto Sánchez, aunque tardía, es aleccionadora.